

Héctor Valencia

El español como lengua internacional o lengua franca

Hasta hace muy poco tiempo, el objetivo principal de la enseñanza del español era poder comunicarse lo más perfectamente posible con los hablantes nativos, quienes eran considerados como los dueños de la lengua, los guardianes de sus estándares y los únicos capaces de aceptar las normas pedagógicas. Esta era la situación sin importar si el español era lengua extranjera o segunda lengua, o sea el español enseñado a aquellos para los que éste no iba a tener una función interactiva en Lengua 1, ya que no se encontraban en un país hispanoparlante, ni como segunda lengua, enseñado para aquellos que sí la iban a tener o para aquellos que inmigraban a un país hispanoparlante. Para cumplir con sus objetivos se consideraba esencial que los hablantes no nativos se aproximaran lo más posible a los estándares de un nativo, especialmente con respecto a la pronunciación.

Sin embargo, en los últimos años, debido a los desarrollos políticos y económicos mundiales, esta enseñanza comenzó a enfrentarse con un serio reto, teniendo en cuenta el uso del español y sus roles y consecuentemente los objetivos de su pedagogía. La lengua española enseñada como segunda comenzó a metamorfosearse con la lengua española vista desde un punto de vista más pragmático, de pura comunicación, sin perfección, o seudoperfección; es lo que se dio en llamar español como lengua internacional, o sea que ninguno de los intercomunicados la poseen como Lengua 1 o lengua madre. Su uso se da especialmente con objetivos comerciales, de allí su referencia, a veces, como lengua franca. Por supuesto que no será como la lengua inglesa, que es en estos momentos la lengua franca

por excelencia, pero dado el uso cada vez mayor del español en el mundo, aun en el anglosajón, le sigue en importancia como lengua comercial o lengua franca. Y cuando nos referíamos al mundo anglosajón, aludíamos especialmente a la situación de Estados Unidos, donde el porcentaje de latinos va in crescendo y se espera un 60 por ciento más para dentro de treinta o cuarenta años. De a poco están tratando de pasar de un uso interno a un uso internacional del español que les permita poder comunicarse con países donde se niegan a hablar inglés y prefieren el español; me refiero principalmente a países de Oriente y Oriente Medio. Las negociaciones deben continuar y esto no los va a tocar en su orgullo.

También debemos destacar que prácticamente la enseñanza a distancia de la lengua corresponde, casi por naturaleza, a la lengua internacional y no a ninguno de los otros dos modelos, y no me refiero tanto a la parte sintáctica o semántica como a la fonológica, donde es tan difícil controlar si se logra o no una pronunciación casi nativa, como lo requieren los modelos mencionados.

Todo este movimiento, por supuesto, está alterando a algunos pedagogos y lingüistas más ortodoxos que ya han comenzado a cuestionar el aceptar el uso «incorrecto» del español y comenzaron a cuestionar el derecho de propiedad del mismo y decir quiénes son los que deben marcar los estándares correctos para ser enseñados y en consecuencia usados, al margen de la circunstancia y los propósitos específicos del destinatario. Nadie les niega el derecho a los parlantes nativos a establecer sus propios estándares para el uso de una interacción con otro nativo, y aún más, con

parlantes no nativos. Sin embargo, la cuestión más importante acá es: ¿quién debe tomar las decisiones para una intercomunicación totalmente entre parlantes no nativos, es decir lo que se dio en llamar Español como Lengua Internacional?

La aseveración de que el hablante nativo no es dueño de la Lengua Internacional no es nueva. Ya en 1976 en relación con la enseñanza del inglés como Segunda Lengua, Smith declaró que «El inglés pertenece al mundo [...] No es tuyo (no importa quién seas) ni mío (no importa quién sea yo)». Más recientemente, Brumfit afirma: «No solamente el inglés se volvió internacional en la última mitad del siglo, sino que la enseñanza también se internacionalizó, el dueño de la lengua inglesa se ha internacionalizado. No somos más una comunidad lingüística que está asociada con una comunidad nacional o con un grupo de naciones, como lo pretendía el aún llamado Commonwealth. Somos una comunidad internacional».

Me gustaría citar a Widdowson, que aun siendo el iniciador del método comunicativo para la enseñanza de una lengua extranjera, tiene una posición más enfática sobre este tema y explica precisamente por qué el inglés es ahora una lengua internacional: «Sirve a un gran número de comunidades diferentes y sus propósitos internacionales, y eso trasciende las fronteras tradicionalmente comunales y culturales». Continúa oponiéndose al control total del hablante nativo: «El desarrollo del inglés en el mundo no es problema de ningún hablante nativo de Inglaterra, América del Norte o cualquier otro lugar. No tienen nada que decir en este asunto, no tienen derecho a intervenir ni a juzgar absolutamente nada. Son irrelevantes. El hecho de que el inglés sea una lengua internacional significa que ninguna nación tiene su custodia. Otorgarles tal custodia de la lengua requeriría parar su desarrollo y socavar su status internacional.

Es cuestión de orgullo y de satisfacción para los nativos que su lengua sirva como medio internacional de comunicación. Pero el punto radica en que es internacional al punto de que no es más su lengua. No es una posesión que ellos otorgan a otros. Otra gente ya la posee».

Estos puntos de vista están lentamente ganando adeptos entre los estudiosos, especialmente entre los españoles, ya que muy recientemente se empezó a hablar sobre ello. Dentro de la comunidad de la enseñanza del idioma como lengua extranjera son los lingüistas nativos los que comenzaron a examinar críticamente la construcción del nativo y cuestionar su autoridad y lo apropiado de sus normas. Los principales detractores de esta teoría son los hablantes no nativos de la lengua, especialmente en la comunidad de docentes de lengua, quienes sostienen a rajatabla que la lengua debe ser la variedad que habla el nativo. Ciertas opiniones sugieren que se debe apuntar a la adquisición fonológica más cercana a la producción de un nativo. Se ha llegado a decir que el ideal es imitar al nativo de una lengua estándar tan aproximadamente como sea posible. El hablar una lengua no es estar ligado a la identidad cultural de esa lengua. Es en realidad un exponente de nuestras propias habilidades académicas y lingüísticas. No consideran un halago decirle a una persona que su lengua tiene un marcado acento o un dejo de interferencia de su lengua materna. Simplemente implicaría que la adquisición de la lengua está lejos de ser la deseada.

Este punto de vista no es solamente un concepto universal, sino algo sostenido por profesores y futuros profesores. En este punto estoy totalmente de acuerdo. Si uno quiere ser docente, debe ser modelo, y para ser modelo es preciso aproximarse a la realidad en la mayor medida posible. No se puede permitir cualquier versión del manejo de la lengua, pues sería caótico. Se debe estandarizar

para que no se transforme en un verdadero embrollo de distintas versiones de la misma lengua. Acá soy inflexible. En cuanto al resto, habría que ver las necesidades de cada una de las personas que la están aprendiendo.

También me gustaría referirme a las etiquetas usadas para los hablantes de una lengua: es completamente inapropiado, y hasta ofensivo, el hacer la diferencia entre nativo y no nativo. Hay hablantes no nativos que han llegado a dominar la lengua, ya sea siguiendo las metodologías utilizadas como extranjera o segunda, de una manera que se han ganado bien el calificativo de bilingües, por su fluidez y su manejo en general. Esta dicotomía nativo/no nativo causa percepciones negativas y falta de seguridad en los docentes. Esto lleva a que sean rechazadas publicaciones perfectamente redactadas y con alto contenido académico, que no se les acepten artículos en revistas de prestigio internacional por no ser nativos. La mayoría de las veces esgrimen como razón la cantidad de errores en que puede incurrir un no nativo, y no se refieren específicamente a errores sintácticos o gramaticales en general, si no a errores de la cultura propia de la lengua. Esta es una idea simplista que constituye en sí un error y además que marca deficiencias en los programas que se utilizan para examinar a los receptores, ya que de ser así, se han medido con parámetros totalmente alejados de la realidad e irrelevantes. Esta dicotomía desaparecería volviendo a usar el viejo término de bilingüe en vez de no nativos.

Podríamos cerrar el concepto diciendo que tal lengua es una lengua internacional y que es propiedad de todos aquellos que la usen, sin importar si son o no son nativos.

Metodología sugerida para una lengua internacional

Me gustaría mencionar ahora algunas pautas sugeridas para el tratamiento de la enseñanza de una lengua como lengua internacional, y

luego presentar algunas de mis consideraciones sobre cómo enseñar una lengua, ya sea con la etiqueta de extranjera, segunda, internacional o lengua franca.

Cabe destacar que éstas son etiquetas, maneras de enfocar cualquier metodología de las que andan por allí dando vueltas. Nada nuevo hay bajo el sol. Las metodologías no son específicas de una lengua extranjera, segunda o internacional, sino que sirven para cualquiera con pequeñas variaciones, sobre todo en la parte práctica. Queda claro que estos nombres no tienen nada que ver con los métodos, adecuados o no, efectivos o no. No fueron ni serán inventados para alguna de ellas en especial, aunque a veces eso se pretende.

Comencemos con lo último en cuanto al tratamiento de una lengua con carácter internacional.

Las dos cuestiones principales que se presentan en la enseñanza de la lengua son, primeramente, si es necesario insistir en la imitación de la pronunciación exacta de un hablante nativo, especialmente cuando pocas van a ser las posibilidades de tener contacto con uno de ellos; y en segundo lugar, cómo se puede promover la inteligibilidad internacional ante las grandes cantidades de variaciones que se hablan en esa lengua. En otras palabras, ¿cómo se identifican, por razones metodológicas, los estándares mínimos de inteligibilidad mutua, sin recurrir a algún modelo de la lengua 1?

Después de varias propuestas, las que sería largo mencionar, se concluyó en un cambio de las actitudes pedagógicas; por ejemplo, ya no se espera que los estudiantes adquieran automáticamente el bagaje cultural de la lengua 2, junto con la competencia lingüística y comunicativa, y se les permite adaptar la lengua a sus propias normas culturales. En clases más avanzadas hasta se les permite lo que se da en llamar «competencia intercultural». Esto se logra, por ejemplo, por medio de trabajos

comparativos, exposición a las distintas culturas y el uso de literatura y obras de teatro. Los estudiantes desarrollan la capacidad receptiva de darse cuenta de las diferencias en las normas culturales de las dos lenguas, lo que les permite ir incorporando las de la lengua 2 en sus propias normas.

El objetivo principal de la enseñanza de la pronunciación de la lengua como extranjera es imitar a los nativos lo más precisamente posible. Este objetivo se considera perimido e inapropiado cuando se trata de la producción oral en la enseñanza de la lengua internacional, argumento sustentado con trabajos de investigación en psicología social, los que demostraron claramente la íntima relación entre los rasgos segmentales y suprasegmentales tanto con la identidad personal como con la identidad grupal. Sin embargo, las actitudes populares en la enseñanza relacionadas con la producción oral y el acento son, como lo demuestra la literatura sociopsicológica, firmemente resistidos y demasiado lentos para el cambio. Se ha demostrado que las personas con marcado acento materno son discriminadas al presentarse a un pedido de trabajo. Lo mismo ocurre con aquellas que tienen un claro acento de clase trabajadora baja, tanto que se les recomienda que traten de mejorarlo. Por supuesto, me estoy refiriendo exclusivamente a países desarrollados o con un avanzado porcentaje de desarrollo y no al nuestro, donde hay otros desvalores que cuentan sobre el flujo del habla. Acá el propio nativo con todas estas características llega a rangos muy altos.

En países como Inglaterra este fenómeno tan marcado está desapareciendo de a poco; no así en España, donde todavía persiste debido a un problema de política inmigratoria.

Si es lento el cambio en el hablante de una lengua madre, mucho más lento lo es en el de una segunda lengua o lengua extranjera. Aunque en los últimos años uno de los más

significantes e interesantes desarrollos fonológicos ha sido el incremento en la antipatía de un pequeño pero creciente grupo de fonólogos, sociólogos y aun tutores de una lengua extranjera o segunda, quienes defienden la postura de la enseñanza de la lengua como internacional.

En el campo de la psicología social, encontramos una actitud desfavorable de parte de algunos docentes en el uso de la imitación casi perfecta del nativo. Además se está comenzando a enfrentar, especialmente con el español, el uso de una variación neutra, para poder ganar puestos de trabajo. Esto ocurre con docentes nativos; el problema del docente considerado no nativo es mucho más candente. Ellos saben, por experiencia del aprendizaje de una lengua 2, la importancia que tiene la pronunciación en la inteligibilidad productiva y receptiva, y por lo tanto endurecen su postura de libertad en la oralidad mucho más que los docentes nativos. Ellos insisten, por experiencia personal, en lograr un grado de corrección superior al del propio nativo.

Si consideramos ahora a la persona que está entrenándose en una lengua 2, no podemos olvidarnos de la íntima relación entre lengua e identidad. Cualquier intento de reducir una lengua a un medio enteramente neutro de comunicación falla porque inmediatamente aparece el factor humano; la lengua crece, cambia, varía, se vuelve sujeto de identificación de las necesidades básicas de los hablantes, quienes tratan de expresar su propia identidad. Como ya dijimos, el acento está particular e íntimamente relacionado tanto con la identidad personal como con la grupal.

Aun las personas a quienes se atribuye un dominio muy elevado de la lengua 2 frecuentemente retienen un porcentaje de las características fonológicas de su lengua madre o lengua 1. Esto se debe a que tienen un perfecto control motriz en la producción pero el factor identidad es el elemento más

sobresaliente de todos. Ciertos autores extremistas sostienen que imponer a una persona las normas de la lengua en estudio equivale a imponerles la pérdida parcial de su identidad. Algunos, mucho más románticos, llegan a sugerir que «los sonidos, los ritmos y la entonación de nuestra lengua madre evitan el corte del cordón umbilical que nos ata a ella». Por último, me gustaría agregar que también la identidad desempeña un rol importante en una clase enteramente monolingüe o en una clase multilingüe.

Daré mi humilde opinión, la cual —después de casi treinta años de enseñar español a extranjeros—, quisiera creer tiene algo de validez. Para mí la teoría presentada no está del todo mal; lo que está mal es querer aplicarla en cualquier circunstancia. Primeramente, sería lamentable que los profesorado o traductorados adoptaran esta postura. Como he dicho anteriormente, somos y debemos ser ejemplos, o sea que el imitar lo más que se pueda a un hablante nativo es importantísimo, aunque nunca tengamos la posibilidad de enfrentarnos a uno de ellos, cosa que en estos momentos de la historia considero casi imposible. Todos tratan de tener contacto con nativos y la inteligibilidad productiva y auditiva es de trascendental importancia. Esto queda muy claro. En estas circunstancias, estoy totalmente en contra. Además mi especialidad es la fonología comparada, y me cuesta mucho más aceptar los conceptos que expuse anteriormente. Podría estar de acuerdo con el objetivo de la llamada lengua internacional si éste se limitara exclusivamente a lograr la comunicación entre hablantes de distintas lenguas, es decir, cuando ninguno de los dos es nativo de la lengua 2. Para mí la lengua entonces pasa a ser un simple instrumento de comunicación, pero hay que tener en cuenta que la inteligibilidad también está en juego. No podemos desprendernos de la propia identidad, pero ésta puede atentar contra el objetivo de

la comunicación, y las negociaciones para la que fue propuesta esta versión de lengua pueden llegar a ser un fracaso. Debemos ser muy cuidadosos y no ser extremistas. Un justo medio podría llevarnos al triunfo.

Para comenzar con mis recomendaciones metodológicas para cualquiera de estos modelos, me gustaría que quede en claro cada uno de ellos:

Lengua extranjera: Cuando se estudia en un país donde la lengua madre no es precisamente la lengua 2, como es el caso del inglés o francés en la Argentina. El contacto con el nativo es esporádico.

Segunda lengua: Cuando se estudia en el país al que se emigró, o sea que la lengua 2 es allí la lengua 1. Caso del latino que emigra a un país angloparlante. El contacto con el nativo es constante.

Lengua internacional: Cuando se estudia sin imitar a ningún nativo, ya que se va a utilizar exclusivamente (y eso es un error) entre no nativos. Caso de un argentino y un japonés.